Arzobispo
Ricardo Blázquez Pérez

Catequesis

Año de la fe 2012-2013

La fe es don de Dios y respuesta libre del hombre

1 de noviembre de 2012

Es mi intención escribir, a lo largo del Año de la fe, sobre el Credo; deseo ir comentando brevemente los diversos artículos en los que se expresa la fe de la Iglesia. Seguiré de cerca el *Catecismo de la Iglesia Católica*, de cuya publicación se han cumplido veinte años el 11-10-2012. El *Catecismo* y el *Código de Derecho Canónico* son dos frutos estupendos del Concilio Vaticano II. Invito a los lectores a que tengan delante y completen mi elemental comentario con la lectura del apartado correspondiente del *Catecismo*. El *Catecismo de la Iglesia Católica* tiene cuatro partes o, de otra manera, se levanta sobre cuatro pilares: la Profesión de la fe bautismal (el Credo), los sacramentos, la vida de la fe (los Mandamientos) y la oración cristiana (el Padre Nuestro). Nos detenemos durante este curso en la primera parte, en sintonía con la invitación del Papa para el Año de la fe.

El *Catecismo* recoge el llamado Símbolo de los Apóstoles y el Credo de Nicea-Constantinopla, que recitamos indistintamente en la eucaristía los domingos y fiestas. El Credo es el resumen de la fe que profesamos los creyentes; se llama también "Símbolo" porque es un signo de identificación y comunión entre los cristianos. Como la Profesión de la fe está originalmente vinculada al Bautismo, se llama frecuentemente Símbolo bautismal. La lectura directa del Credo nos muestra cómo está articulado en

En la fe podemos distinguir tres aspectos estrechamente ligados entre sí. La fe, en su núcleo más genuino, consiste en decir a Dios: ”Te creo, me fío de Ti”. La fe es también aceptar la revelación de Dios, que no se equivoca ni nos engaña: ”Creo lo que dices”; el Credo es justamente la síntesis de lo que Dios ha querido comunicarnos. Por fin, la fe está abierta hacia adelante; al creer, decimos a Dios: ”Te confío mi vida; me dejo guiar por ti al futuro siempre desconocido e incierto”; de esta manera, fe y esperanza se unen en la respuesta del hombre a Dios. Con san Pablo, cada uno de nosotros decimos al Señor: ”Sé de quién me he fiado y estoy seguro de que tiene el poder de cuidarme hasta el final de mi vida (cf. 2Tm 1,12); agarrado a su mano podré cruzar el umbral de la vida eterna, que se derramará como gozo pleno y sin fin”. La fe es, por lo que acabamos de decir, un homenaje a Dios de nuestra existencia entera.

Invito a todos a dar gracias a Dios por la fe, a cultivarla, a nutrirla con la oración, a encarnarla en la vida, a compartirla con los demás cristianos, y a transmitirla con obras y palabras en nuestro entorno.